

La psicolingüística: el difícil transitar de una interdisciplina

Marianne Peronard
Universidad Católica de Valparaíso

La psicolingüística es una interdisciplina que, en sus cuarenta años de existencia, ha pasado por períodos claramente definidos. Ello ha sido consecuencia, en gran medida, de los cambios paradigmáticos que han sufrido sus disciplinas básicas: la lingüística y la psicología. En estas décadas se ha pasado desde un empirismo pleno de optimismo, por un racionalismo con tintes de ciencia axiomática, hacia un constructivismo más bien escéptico. Los cambios en las concepciones epistemológicas imperantes han tenido profundo impacto en la manera en que los estudiosos han concebido el objeto de sus respectivas disciplinas. A lo anterior hay que agregar la influencia que los avances en informática y en inteligencia artificial han tenido sobre las teorías y modelos psicolingüísticos la mayor parte de este tiempo. Aunque es difícil predecir el futuro de la psicolingüística, es posible prever, gracias al conexionismo, un interesante acercamiento a las neurociencias.

En el año 1954, en Estados Unidos, el Social Science Research Council reunió a tres psicólogos y tres lingüistas, interesados en la comunicación lingüística, para que sostuvieran una conferencia interdisciplinaria que llevara a la creación de la psicolingüística (Brown 1981). El resultado fue tan

promisorio en cuanto a la cantidad de líneas de investigación interdisciplinaria propuestas que Osgood y Sebeok publicaron posteriormente (1965) el libro *Psycholinguistics*, con la colaboración de lingüistas, psicólogos y especialistas en teoría de la información. Esta obra constituye un verdadero manifiesto programático que señala los grandes lineamientos que habrían de seguir los investigadores deseosos de enriquecer sus conceptualizaciones mediante la complementación de sus respectivas disciplinas.

Para comprender el éxito alcanzado por este primer intento de integración, es necesario recordar que, en la década del 50, los postulados estructuralistas habían alcanzado consenso casi generalizado entre los lingüistas y que los psicólogos participantes se ubicaban dentro de un marco netamente conductista, es decir, todos compartían un mismo concepto de ciencia.

En efecto, el positivismo empirista, aún imperante en ciertos ambientes científicos de la época, se manifiesta con especial fuerza en la lingüística descriptiva y la psicología conductista, ambas prevaletentes, especialmente en Estados Unidos. Sus cultivadores comparten una decidida posición científicista y antimentalista. Difieren, en cambio, en su consideración del lenguaje: mientras que los psicólogos se interesan por la conducta y, por tanto, su interés por la comunicación no representa un alejamiento de su punto de vista tradicional, los lingüistas, siguiendo a Saussure y a Bloomfield, enfocan el lenguaje en cuanto sistema, es decir, como un conjunto de unidades y sus posibles combinaciones. Debe entenderse, por tanto, que este interés por la comunicación, en cierto sentido, implica trascender los límites que la lingüística estructural se había impuesto a sí misma al priorizar el estudio de la lengua por sobre el del habla.

Se podría argumentar que ya de Saussure había mostrado interés por el fenómeno de la comunicación, puesto que en su obra, publicada originalmente en la década del 20, se hace referencia explícita a él en lo que denomina "el circuito del habla" (Saussure 1980:37). Sin embargo, es necesario recordar que su inclusión estaba motivada solo por su interés en explicar la constitución de la lengua como hecho social, y no en el habla en cuanto actividad. El énfasis en los mecanismos asociativos para explicar el uso de los signos refleja la influencia de las ideas conductistas imperantes en su época a pesar del innegable "mentalismo" subyacente en su teoría del signo.

El aporte de los especialistas en la teoría de la información a la creación de la psicolingüística se ha de encontrar en su modelo probabilístico de transmisión de señales que calza perfectamente con los supuestos epistemológicos de las otras dos disciplinas. La nomenclatura asociada a esta manera de concebir la comunicación ha ejercido una gran influencia

sobre la terminología y, consecuentemente, sobre las reflexiones acerca del lenguaje, observable aún hoy en día. Aunque la teoría surge a partir de consideraciones netamente ingenieriles, su formalización le dio un carácter lo suficientemente generalizable como para que se pensara en aplicarla también a la comunicación lingüística. En efecto, la comunicación es entendida como cualquier actividad mediante la cual una señal es transmitida desde un emisor a un receptor, encargados de la codificación y decodificación, respectivamente, gracias a la existencia de un código compartido.

La publicación de *Psycholinguistics* marca el nacimiento de la psicolingüística como disciplina independiente pero apadrinada por la teoría de la información, con el objetivo de “esclarecer, en lo posible, las relaciones entre sucesos cognitivos y sucesos de mensaje, considerando dichas relaciones desde el ángulo de la **decodificación y codificación**” (Osgood y Sebeok 1974).

Sin embargo, este esfuerzo por superar el aislamiento disciplinario prevaletante no tuvo el éxito esperado. En parte debido a que los fundamentos teóricos que lo sustentaban limitaban considerablemente el alcance de las investigaciones (Peronard 1978), pero fundamentalmente por un asunto de oportunidad: tanto la psicología como la lingüística están en ese instante ante un momento crítico de su desarrollo. Como sea, el hecho es que fueron pocos los estudiosos interesados por incursionar en los caminos sugeridos por Osgood y Sebeok: La psicolingüística parecía haber muerto aun antes de haber empezado a vivir.

La teoría de la información, en cambio, estaba en pleno desarrollo y, a pesar de ser más joven, su penetración en las otras disciplinas causó un profundo impacto que trascendió este primer encuentro. Los modelos de comunicación lingüística que surgen a partir de esa época reflejan en toda su magnitud la influencia de los modelos matemáticos de comunicación: el “circuito del habla” saussuriano pasa a ser asimilado a un “proceso de comunicación”, la lengua se reduce a un simple “código”, el hablante se transforma en un “emisor” de “mensajes” que son previamente “codificados” y el papel del “receptor” es “decodificar” las señales. La comunicación es concebida como un proceso mecánico controlado por estímulos, y no por la intencionalidad e inteligencia de los usuarios. Como se recordará, para la cibernética la definición de información y su cuantificación es ajena a todo significado conceptual o vivencial, dependiendo, en cambio, del número de señales que conforman el código y sus probabilidades de ocurrencia. Así, el valor informativo de una señal se puede determinar, desde el punto de vista del emisor, calculando el número total de señales disponibles y, desde el punto de vista del receptor, considerando la mayor o menor probabilidad de predecir la señal que recibirá, es decir, su nivel de incertidumbre.

La existencia misma de la comunicación depende de que emisor y receptor compartan un código común, es decir, un conjunto cerrado de señales invariables. Esto implica que ambos tienen en su repertorio todas las señales posibles de ser emitidas. En consecuencia, el estado de incertidumbre en el receptor al que se hace referencia en este contexto no implica la posibilidad de lo inesperado; solo se refiere al hecho de que el receptor no sabe previamente cuál será, en definitiva, la señal seleccionada. Como esto es fácil de calcular tratándose de un código propiamente tal, puesto que, en definitiva, depende del número de señales constituyentes, se da la siguiente relación: "mientras mayor sea la dificultad de predecir una señal mayor es su valor informativo" y, a la inversa, si la posibilidad de predecir la señal es de 100%, se trata de una señal redundante, sin valor informativo alguno.

En los modelos de comunicación propuestos con posterioridad, provenientes del área de la lingüística, es posible detectar la distinción hecha por Saussure en su "circuito del habla" entre un emisor activo y un receptor pasivo: sin excepción, muestran la comunicación como un flujo unidireccional desde el emisor hacia un receptor pasivo —mera fuente de retroalimentación para el primero— y que solo se torna activo cuando, a su vez, asume el papel de emisor. No es de extrañar, entonces, que, al reemplazar el concepto de información por el de significación, se lo haya considerado exclusivamente desde el punto de vista del hablante. Esta perspectiva es recogida en el postulado "solo significa el que elige" cuyo impacto sobre el modelo de gramática generativa aparecido en *Syntactic Structure* (Chomsky 1965) se manifiesta, por ejemplo, en la desaparición de las reglas transformacionales opcionales.

La influencia de la teoría de la información sobre la lingüística, y la consiguiente reducción de la lengua a un simple código, se hace notar con mayor fuerza en los estudios fonológicos, dado que este nivel lingüístico está constituido por un número finito y fijo de señales. Surgen, en diversos centros, especialmente en Estados Unidos, investigaciones que pretenden determinar la probabilidad de ocurrencia de los componentes de los sistemas fonológicos y sus secuencias en las distintas lenguas para intentar calcular la cantidad de información que su aparición transmite. Para el castellano se concluye que el valor informativo de /f/ es mucho mayor que el de /e/, por ser ésta mucho más frecuente y, por tanto, más predecible que la anterior, mientras que, a nivel de grafemas, el valor de <u> detrás de <q> es nulo, porque no hay elección posible. También a nivel morfológico aparecen algunos estudios acerca de la probabilidad de ocurrencia y se observa el escaso peso relativo, por ejemplo, de las diversas marcas de pluralidad del sintagma español "las casas pequeñas están vendidas" por cuanto, una vez seleccionado el artículo femenino plural /las/ nada agrega el morfema plural del sustantivo, del adjetivo o del verbo.

Como señalamos anteriormente, en la década del 50 se estaban preparando grandes cambios en las disciplinas básicas de la psicolingüística. Nos referimos a la aparición y difusión de la lingüística generativa, por una parte, y al debilitamiento de la psicología conductista, por otra. Estos hechos repercutirán de tal manera en los estudios psicolingüísticos, que es posible hablar de una segunda etapa o de un segundo nacimiento. Así, por ejemplo, el concepto de lengua como código pierde gran parte de su vigencia debido a la concepción chomskiana de la creatividad como característica definitoria del uso del lenguaje, manifestada con mayor claridad en el nivel de la oración. Otro cambio importante es la consiguiente preeminencia que Chomsky otorga al nivel sintáctico por sobre los niveles fonofonológicos y morfológicos, por haber radicado en él el mecanismo de recursividad que da cuenta de la creatividad lingüística. Puesto que el número de estructuras oracionales posibles es, teóricamente, infinito, no es válido seguir sustentando la similitud entre lengua natural y código, ni asimilar los procesos psicolingüísticos implicados en la actuación lingüística a la codificación y decodificación.

No es ésta la única consecuencia de la introducción de las ideas generativistas; otro efecto del impacto causado por esta nueva concepción del lenguaje es que el tema de la comunicación lingüística, que recibiera especial atención en los orígenes de la psicolingüística, pierde mucho de su atractivo, debido, en parte, a la insistencia en la distinción entre competencia y actuación y en la brecha existente entre ambos aspectos del lenguaje. En cambio, resurge otro asunto, mencionado en la primera etapa de esta disciplina, específicamente en el capítulo dedicado a la psicolingüística diacrónica: el aprendizaje de la primera lengua.

Existe, sin embargo, una diferencia fundamental entre el tratamiento de este tema propuesto en la década del 50 y el que se le da a partir de la década del 60. En el primer período de la psicolingüística se trataba de aplicar la teoría del aprendizaje al desarrollo de las habilidades de codificación y de decodificación; en otras palabras, habría sido el resultado de la inclusión de la ciencia lingüística en la psicología (Brown 1981), fuertemente influida por la teoría de la información. Cuando vuelve el interés por el estudio de la ontogenia lingüística, la relación es inversa: predominan los conceptos lingüísticos por sobre los psicológicos. Incluso hay quienes llegan a afirmar que se trataría de una psicolingüística sin psicología. Es necesario reconocer, sin duda, que el interés por el tema surge, fundamentalmente, a partir de las ideas de Noam Chomsky (1965) acerca de la posibilidad de alcanzar un nivel explicativo de la competencia lingüística a través del estudio de los invariantes en la adquisición de la lengua materna, y no como consecuencia de algún interés especial por parte de los psicólogos.

Como señalamos anteriormente, a finales de la década del 50 la psicología se encuentra en un momento crítico de su desarrollo. El conductismo asociacionista estaba en franco retroceso y su influencia, muy debilitada. Las razones para ello son muchas. Tal vez la más importante es la crisis que afecta a su fundamento epistemológico, el positivismo lógico. Tampoco son ajenos a esta situación los estudios neurofisiológicos de la década del sesenta que revelan, con buenos fundamentos, la existencia de "procesos centrales de coordinación, integración y unidad absolutamente irreducibles a cualquier modelo periférico de tipo E-R" (Caparrós 1984:183). El intento de Skinner (1957) por explicar el lenguaje utilizando sus postulados, resultó notoriamente insuficiente, sobre todo, luego que los análisis lingüísticos de Chomsky mostraran la insospechada complejidad de esta competencia humana (Chomsky, 1977).

Así, pues, en las décadas del 60 y del 70 la psicolingüística se centra en la adquisición de la lengua materna, alcanzando estos estudios tal magnitud, que llegan a ser considerados una disciplina por sí mismos, contando con revistas, libros, monografías y congresos centrados en el tema del lenguaje infantil. Estos estudios se ciñen a los lineamientos propuestos por Chomsky, quien, a falta de una sólida teoría psicológica que respalde sus sugerencias, recurre a la idea de los universales lingüísticos y al innatismo, apoyado por estudiosos de peso como Katz (1966), Lenneberg (1975), Fodor (1983), entre otros.

Aproximadamente a finales de la década del 70 se comienza a percibir un nuevo cambio en las disciplinas integrantes de la psicolingüística. La imposibilidad de alcanzar una teoría explicativa convincente acerca de la adquisición de la lengua materna que lograra algún nivel de consenso en el medio científico de la época, fue desanimando a los investigadores interesados en la adquisición de la sintaxis, cuya tarea se limita cada vez más a la recolección de datos. El ímpetu que había caracterizado a la psicolingüística hasta la década del 70 se ve debilitado y la cantidad de literatura pertinente es cada vez más exigua.

En el intertanto, surgen nuevas perspectivas para el estudio del lenguaje que, si bien no tienen el impacto que tuvo la lingüística generativa, sí representan cambios importantes para el desarrollo de la psicolingüística y su objeto, en cuanto proponen modos de trascender los límites que caracterizaron los estudios del lenguaje hasta ese momento, propiciando un acercamiento a una lingüística del habla.

Interesante, desde este punto de vista, resulta la proposición de Hymes (1968, 1971) de llevar los estudios a la realidad concreta del uso lingüístico, realizando estudios acerca de la competencia comunicativa, estableciendo una especie de etnografía del habla, minimizando de esta manera la brecha entre lengua y habla, entre competencia y actuación.

Aporta al surgimiento de nuevas perspectivas de investigación psicolingüística la convergencia, en Europa y especialmente Alemania, de estudiosos interesados por la lingüística textual, desde las más diversas posiciones teóricas: continuadores de Zellig Harris, interesados en el análisis del discurso, aunque con la impronta chomskiana, como P. Hartmann o H. Rieser; teóricos que buscan elaborar una gramática del texto similar a la gramática de la oración, como Petöfi y A. García Berrio; estudiosos de la literatura que buscan construir una teoría literaria con fundamento lingüístico; y, sobre todo, quienes, como S.J. Schmidt, se interesan por una teoría comunicativa del texto o por los aspectos psicolingüísticos de su uso (producción y comprensión), como van Dijk y Kintsch.

El interés tanto por el texto en cuanto unidad semántica distinta de las estudiadas hasta ese momento, como por la actividad lingüística de la cual éste sería la unidad natural, cunde en Europa y en América a partir de la década del 70. Contribuyen a ello no solo las corrientes de estudios del texto recién mencionadas, sino, además, y en forma importante, la teoría de los actos de habla propuesta por J. Austin y desarrollada por J. Searle a fines de la década del sesenta. Ambos filósofos conciben el lenguaje dentro de un marco comunicativo enfatizando la importancia del contexto (situación) en que se realiza (Austin 1962:144) y sugieren enfocarlo como conducta intencionada cuya producción está regida por reglas constitutivas (Searle 1980). Esta teoría da origen a la pragmática (estudio del uso del lenguaje en contexto) y tiene gran repercusión en los estudios acerca del lenguaje y, en menor grado, en los de su adquisición (Ochs y Schieffelin 1979).

El término "pragmática" se incorpora a los estudios del lenguaje a través del filósofo Charles Morris, quien propuso ese vocablo para referirse a la rama de la semiótica que estudia el origen, los usos y efectos de los signos sobre los usuarios. Como se sabe, este filósofo distingue tres modos o perspectivas de estudio de los signos, siendo los otros dos la semántica, que se ocupa del significado o relación con el mundo extralingüístico, y la sintáctica, cuyo objeto es la manera en que se combinan los signos (Morris 1962). Quién propuso rescatar esa antigua denominación y aplicarla en forma más restringida a los estudios lingüísticos que acogen las ideas propuestas por Austin y Searle no está del todo claro; como sea, hoy en día el término se usa tanto en su sentido original y amplio como en el más moderno y estrecho.

No se ha de creer que la pragmática representa una vuelta atrás a los estudios de comunicación lingüística llevados a cabo a la luz de la teoría de la información en la década del 50. Si se quiere buscar precursores, habría que recurrir a los esfuerzos aislados de psicólogos como Bühler (1934) o

lingüistas como Jakobson (1960), continuadores de la línea funcionalista de la Escuela de Praga. En sus reflexiones acerca del lenguaje en cuanto actividad son centrales los conceptos de "intención", "significado" y "referencia" definitivamente ausentes de los modelos cibernéticos de comunicación. Otra diferencia importante para el futuro de la psicolingüística es el papel activo que en la comunicación lingüística se le asigna al oyente, al que se le atribuyen procesos cognitivos como "identificar", "comprender", "reconocer".

Iluminador es el siguiente trozo de Searle (1980: 55).

"La comunicación humana tiene algunas propiedades no usuales, no compartidas por la mayor parte de los otros tipos de conductas humanas. Una de las menos usuales es ésta: si intento decirle algo a alguna persona, entonces (suponiendo que se satisfacen ciertas condiciones) habré conseguido decírselo tan pronto como esa persona reconozca que intento decirle algo y qué es exactamente lo que estoy intentando decirle".

El hecho de que normalmente nuestros actos de habla sean exitosos está mostrando que, junto con adquirir y aplicar las reglas de construcción de oraciones, adquirimos y aplicamos también un sinnúmero de otras reglas, específicas unas, generales otras, que conforman una parte importante de nuestra cultura. Saber a quién, cómo y cuándo podemos dirigir determinados actos de habla, y la forma más adecuada es haber aprendido a comportarse lingüísticamente dentro de una comunidad.

Nuestro intento por ordenar cronológicamente los principales hitos en el desarrollo de la psicolingüística podría llevar a pensar que los movimientos y corrientes al interior de las diversas disciplinas se suceden estrictamente. Nada más lejos de la realidad. Por ejemplo, la década del 60 presencia la difusión de la lingüística generativa, los inicios de la pragmática, el florecimiento de la psicología cognitiva, la consolidación de la lingüística textual, un enorme desarrollo de la informática, la sofisticación de los computadores y los avances en inteligencia artificial y sistemas expertos.

Este panorama tan cambiante en áreas involucradas directa o indirectamente en los estudios psicolingüísticos, los afectó de modo sustancial. Se inicia, como consecuencia, lo que podría considerarse la tercera etapa de la psicolingüística, al atero esta vez de la psicología cognitiva y su paradigma predominante: el del procesamiento de la información. Gracias a que se cuenta con un nuevo modo de conceptualizar la mente humana y su funcionamiento, es decir, se cuenta con el apoyo teórico desde el campo de la psicología del que se carecía, y gracias a los avances logrados en el campo de la lingüística textual, el objeto de los estudios psicolingüísticos lo constituyen, a partir de finales de la década del 70, prioritariamente, los

procesos cognitivos implicados en el uso del lenguaje, es decir, la producción y la comprensión de textos, considerados como procesamientos simbólicos. Véanse al respecto, Smith 1977; Freedle (ed.) 1977; Clark y Clark 1977; Rayner & Pollatsek 1989; Ruddell, Ruddell & Singer (eds.) 1994, por mencionar solo algunas recopilaciones y visiones panorámicas.

Por otra parte, en reemplazo del positivismo lógico vigente en el nacimiento de la psicolingüística, surgen, desde la filosofía de las ciencias, las concepciones constructivistas del conocimiento. En cierta forma representan una vuelta al racionalismo idealista, puesto que se postula que el conocimiento no consiste en descubrir o incorporar pasivamente verdades preexistentes, sino que en construirlo activamente. El papel que se asigna al medio externo en esta construcción varía según las diversas posiciones y corrientes que coexisten bajo esta denominación. Una de las más moderadas es la representada por Piaget, cuyas primeras obras, escritas en la década del 20, en pleno auge del conductismo, son rescatadas de un inmerecido olvido ubicándolo entre los precursores de esta nueva corriente psicológica. El carácter moderado que se atribuye al constructivismo piagetano proviene de su aceptación de la existencia real de un mundo exterior que se constituye en uno de los pilares que fundan el desarrollo de la inteligencia, producto de la interacción de la mente con el medio en un juego permanente de asimilación y acomodación.

Posición más extrema es la del biólogo Maturana, destacado representante de un constructivismo radical. Su planteamiento hace depender enteramente la realidad que percibimos de la organización y estructura de nuestro organismo y las operaciones que como entidades autónomas podemos realizar. De este modo, gracias a operaciones de distinción es posible reconocer cosas cuyas propiedades no son sino las especificadas por la operación de distinción y que existen en el espacio establecido por esas propiedades. No hay pues, realidades objetivas preexistentes a estas operaciones. Dicho en forma más simple, creamos el mundo en el cual vivimos al vivirlo y solo lo podemos vivir de acuerdo a la constitución y funcionamiento de nuestro organismo (Maturana y Varela 1984:55). Esta posición que se podría denominar "constructivismo radical" ha recibido fuertes ataques por parte de quienes, como Searle (1997), defienden, a veces con vehemencia, la realidad objetiva del mundo físico, sin negar, por ello, la existencia de realidades institucionales originadas en las convenciones sociales.

Interrumpido allí, este pensamiento biologicista extremo llevaría inevitablemente a un solipsismo paralizante. Pero, ni el más recalcitrante constructivista podría desconocer que estos organismos autónomos que llamamos seres humanos interactúan recursiva y sistemáticamente, habiendo desarrollado todo un complejo sistema de signos para lograrlo. De hecho, el

mismo Maturana señala que estas realidades construidas por el organismo humano no son realidades individuales sino realidades consensuales creadas como producto de la coordinación conductual en el dominio del lenguaje (Maturana 1978).

Así como el enfoque biologicista de Maturana se explica por ser ésta su especialidad, así, resulta natural que el enfoque de von Glasserfeld (1989), profesor de psicología cognitiva, sea psicologista, más apropiado para nuestra perspectiva. Tampoco ha de extrañar que sus planteamientos sean similares a lo señalado por Piaget en cuanto a que el conocimiento no es fruto de una recepción pasiva, sino que se origina como producto del operar de un sujeto sobre el mundo que lo rodea y que esta actividad, que construye el conocimiento, al organizarse a sí misma, organiza el mundo percibido.

A la posición biologicista representada por Maturana y a la psicologista representada por von Glasserfeld, debemos agregar una posición que podríamos denominar psicosocial. Como su representante más destacado, hemos seleccionado a Watzlavick, profesor de psiquiatría y psicoterapia, para quien “la realidad es resultado de la comunicación” (Watzlavick 1981:7). A diferencia de las otras posiciones, el énfasis en este caso está puesto en el papel que los intercambios comunicativos, verbales y no verbales, juegan en el surgimiento de percepciones de realidades diferentes. Esto recuerda lo señalado hace varias décadas por connotados lingüistas a propósito de la relación entre palabra y realidad. Así, por ejemplo, el principio de la relatividad lingüística expuesto por B. Whorf en la década del 50 que, en síntesis, sostenía que los usuarios de gramáticas distintas son llevados por ellas a hacer observaciones y evaluaciones diferentes de la realidad y, por consiguiente, a tener diferentes visiones de mundo (Whorf 1956). El mismo Coseriu, a pesar de su posición realista, afirma –según Baldinger (1970:50-1)– que “la significación es creación de la experiencia humana. Pero esta creación no se ajusta a delimitaciones o líneas divisorias dadas **con anterioridad al lenguaje... el lenguaje no es constatación, sino delimitación de fronteras dentro de lo experimentado**”.

Así pues, desde nuestra perspectiva como lingüistas, la importancia que ciertas corrientes constructivistas asignan al lenguaje como medio para llegar a visiones de mundo consensuadas, categorizaciones convencionales de la realidad, comprensiones compartidas de lo que nos rodea, no resulta chocante ni excesivamente novedosa (Gómez 1997) y, en cambio, sí nos permite cambiar, fundamentalmente, nuestra conceptualización en torno a la comprensión: el texto no es ya considerado una realidad exterior independiente del sujeto lector cuyo contenido él debe descubrir e internalizar; al escuchar o leer, los contenidos intelectuales y afectivos que guarda en su memoria influyen en las representaciones que construirá en su mente del

contenido del texto. En otras palabras, no es posible sostener la objetividad de la comprensión y necesario es reconocer la multiplicidad de interpretaciones a los que da lugar un mismo texto.

Si hemos querido recordar ciertas ideas básicas del constructivismo es con el fin de destacar su importancia como fundamento epistemológico de algunas de las corrientes de lo que se suele denominar la "revolución cognitiva" (Bruner 1991), piedra fundamental sobre la que descansan los actuales estudios acerca de la comprensión y la producción lingüística. Concebir de esta manera la relación entre hombre, mundo y conocimiento obliga a abrir la caja negra de los conductistas, a aceptar que los procesos mentales superiores como el pensamiento, la comprensión y el razonamiento pueden ser objeto de estudio científicamente respetable. Con esta apertura, la psicolingüística tiene, por primera vez, la posibilidad de hacer realidad la interdisciplinariedad a la que hace referencia su denominación y contar con herramientas conceptuales para enfocar provechosamente los procesos asociados al uso del lenguaje, es decir, a la producción y la comprensión de textos en el ámbito de la comunicación.

El surgimiento de este nuevo paradigma en psicología tiene como antecedentes la invención y masificación de las computadoras que permitieron grandes avances en asuntos como las conductas simbólicas, la resolución de problemas y la comunicación. Estos éxitos atrajeron a la mayoría de los psicólogos cognitivos que consideraron adecuado asimilar los procesos mentales humanos a los modelos del procesamiento de la información de los ordenadores, reconociendo una analogía funcional básica entre ambos: el paradigma prevaleciente en esta nueva corriente de la psicología es el del procesamiento simbólico, que considera al individuo dotado de una serie de predisposiciones o capacidades innatas que le permiten seleccionar, elaborar y tomar decisiones a partir de la información que recibe del exterior o que tiene almacenada en la memoria.

Con el tiempo, estas investigaciones tomaron dos líneas diferenciadas según la interpretación que se le diera a esta analogía. De Vega (1982:64) habla de una versión débil y una versión fuerte de la metáfora computacional. La versión fuerte corresponde a la que subyace en los estudios acogidos bajo la designación de "ciencias cognitivas", básicamente dedicados a la inteligencia artificial, mientras que la versión débil es la sostenida por la psicología cognitiva propiamente tal y cuyos modelos, a diferencia de la versión fuerte, buscan sustentación empírica.

En otras palabras, mientras que para la psicología cognitiva los ordenadores son herramientas útiles en sus esfuerzos por lograr una buena teoría psicológica, el objetivo de las ciencias cognitivas es la creación de buenos programas en sistemas expertos.

Aunque ambas versiones trabajan con el lenguaje, en cuanto sistema de signos, la versión fuerte solo se interesa por el aspecto formal del signo que adquiere su calidad simbólica por asociaciones internas con otros signos, en términos de reglas precisas. La versión débil, en cambio se interesa por las formas en cuanto asociadas a representaciones mentales. En este último caso, la información que se manipula se supone organizada en unidades de diversos tamaños y niveles de complejidad y abstracción (rasgos distintivos, fonemas, grafemas, frases, oraciones). Otras unidades de orden superior representan el conocimiento almacenado en la memoria como esquemas, reglas o estrategias (Flavell 1985). En relación a estas últimas, la información allí almacenada puede ser de tipo declarativo o fáctico (saber qué hacer), procesal (saber cómo hacerlo), o condicional (saber cuándo y para qué hacerlo) (Paris *et al.* 1994).

A pesar de estas diferencias sustanciales, no siempre resulta fácil distinguir entre ambas posiciones debido al uso que hacen de la misma terminología. De igual modo que el primer encuentro entre la teoría de la información y la lingüística significó la importación de términos de la primera disciplina a la segunda (emisor, receptor, mensaje, información, código, retroalimentación, etc.) así, este segundo encuentro, esta vez con la psicología, tuvo el mismo efecto (memoria operativa, memoria de corto y de largo plazo, procesamiento de la información, input, output, algoritmos, control central, símbolos etc.).

Como señalamos anteriormente, los estudios psicolingüísticos alcanzaron finalmente una etapa interdisciplinaria, utilizando conceptos provenientes de la lingüística de texto, de la teoría de los actos de habla y de la psicología cognitiva. Ello ha dejado a sus cultivadores en inmejorables condiciones para iniciar provechosos estudios y proponer interesantes modelos de los procesos cognitivos involucrados en la comprensión y la producción verbal (Ruddell, Ruddell y Singer (eds.) 1994). Los primeros modelos propuestos por la psicolingüística cognitiva no alcanzaron gran nivel explicativo pero, en la década del 70 y del 80, se proponen innovaciones que los hacen cada vez más flexibles y adecuados. Por ejemplo, de los modelos lineales iniciales (bottom up) se pasa a modelos de procesamiento en paralelo (interactivos); de las preocupaciones por los niveles más superficiales (procesamiento léxico, análisis sintáctico e interpretación de textos explícitos) el interés pasó a los niveles más profundos (pragmática, inferencias y conocimiento de mundo) (Graesser *et al.* 1996). Las décadas del 80 y del 90 son testigos de una gran productividad científica en torno a los procesos cognitivos implicados en la comunicación lingüística, tema que atrae a especialistas provenientes de diversas ramas de la psicología, especialmente de la psicología cognitiva y de la educacional.

Producto de este interés es un creciente conjunto de trabajos que contribuyeron a nuestro mejor conocimiento de la mente humana, pero que no siempre podrían ser considerados interdisciplinarios debido a su débil soporte teórico proveniente de la lingüística observable en algunos de estos esfuerzos: El afianzamiento y crecimiento de la psicología cognitiva no encuentra su contrapartida en las ciencias del lenguaje.

Sin embargo, el camino tomado por la psicología cognitiva no ha resultado del todo satisfactorio para quienes piensan que la metáfora de la computadora ha sido llevada demasiado lejos. Tal como lo señala Bruner (1991:19), "el objetivo de la revolución cognitiva era recuperar la *mente* en las ciencias humanas después de un prolongado y frío invierno de objetivismo". Su meta era descubrir y describir los procesos de construcción de significados. Paradójicamente, el avance de la informática a partir de fines de la segunda guerra mundial y los éxitos logrados por las ciencias cognitivas parecen haber desvirtuado la motivación inicial. Los estudiosos interesados en encontrar lo humano en la psicología cognitiva han tomado diferentes rumbos: por una parte están los que buscan en la conciencia el elemento que nos distingue definitivamente de las computadoras (Baars 1993; Johnson-Laird 1993; Chalmers 1996; Shear, ed. 1997); por otra parte están los cada vez más numerosos defensores de un nuevo paradigma en psicología cognitiva, que mira hacia la neurociencia en busca de modelos que den cuenta de los procesos cognitivos, a saber, el conexionismo.

Este movimiento, surgido como una alternativa a la teoría del procesamiento de la información en el campo de la ciencia cognitiva es, en cierta forma, una vuelta atrás al asociacionismo mecanicista del conductismo. La idea es aprovechar los avances de las neurociencias y modelar la mente humana como sistemas dinámicos de redes neuronales, descritos mediante ecuaciones matemáticas. Bechtel y Abrahamsen 1991 no creen que esta nueva manera de concebir la cognición llegue a suplantar a la anterior, que tan abundantes frutos ha dado hasta ahora. Sugieren, más bien, que ambos paradigmas, el de las teorías simbólicas y el de las redes neuronales, podrían hacer aportaciones mutuas, cada uno desde un terreno para el que resulta más apropiado: el primero, a nivel de las explicaciones más molares, que presuponen un procesamiento proposicional; el segundo, a nivel más fino (micro) del funcionamiento cognitivo (especialmente en relación con el conocimiento procesal: reconocimiento de patrones, categorizaciones, procesos inferenciales).

Hoy en día, el término "psicolingüística" prácticamente ha desaparecido de los títulos de los libros o artículos centrados en la comprensión y la producción de textos. En parte, ello se debe a que comienza a predominar el concepto de transdisciplinariedad, según el cual las diversas disciplinas

no tienen acceso preferente a determinados temas, los que pueden ser estudiados más provechosamente si se los aborda simultáneamente desde una diversidad de perspectivas. En parte, se debe al fuerte predominio de la psicología cognitiva, que acoge como propios los estudios en torno a la comprensión y producción de textos.

Difícil resulta predecir qué sucederá el próximo siglo. Los notables avances alcanzados por las neurociencias y el interés despertado por los sistemas de redes neuronales como posibles modelos de cognición (Bechtel y Abrahamsen, 1991), podrían ser considerados señales de un cambio hacia una renovada perspectiva mecanicista. Por otra parte, el creciente interés por los procesos reflexivos, como la metacognición, a partir de las proposiciones de Flavell (1985) y, en general, por el tema de la conciencia, parece apuntar en dirección contraria. En todo caso, la variedad de perspectivas que el constructivismo epistemológico no solo acepta sino, incluso, alienta, representa una cierta seguridad en cuanto a que no se estará ante un nuevo reduccionismo y que la mente humana y sus procesos no quedarán reducidos al cerebro y su funcionamiento; en otras palabras, que los estudios psicolingüísticos sobrevivirán a su denominación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AUSTIN, JOHN L., 1962, *How to do Things with Words*, Oxford, Oxford U. Press.
- BECHTEL, WILLIAM Y ABRAHAMSEN, ADELE (1991), *Connectionism and the Mind*, Oxford, Blackwell.
- BAARS, BERNARD J., 1993, *A Cognitive Theory of Consciousness*, Cambridge, Cambridge U. Press.
- BALDINGER, KURT, 1970, *Teoría Semántica*, Madrid, Alcalá.
- BROWN, ROGER, 1981, *Psicolingüística*, México: Trillas.
- BRUNER, JEROME, 1991, *Actos de significado: más allá de la revolución cognitiva*, Madrid, Alianza.
- BÜHLER, KARL, 1934, *Sprachtheorie*. Versión española *Teoría del lenguaje* (1950), Madrid, Revista de Occidente.
- CAPARRÓS, ANTONIO, 1984, *La Psicología y sus Perfiles*, Barcelona, Barcanova.
- CHALMERS, DAVID J., 1996, *The Conscious Mind*, New York, Oxford U. Press.
- CHOMSKY, NOAM, 1977, "Crítica de *Verbal Behavior*" de B.F. Skinner, en *Chomsky o Skinner: La Génesis del Lenguaje*, R. Bayés (comp.) Barcelona, Fontanella.
- CHOMSKY, NOAM, 1965, *Aspects of the Theory of Syntax*, Cambridge, Mass., M.I.T.
- CLARK, HERBERT, H. & CLARK, EVE, V. (1977) *Psychology and Language*, New York, Harcourt, Brace & Jovanovich.
- FLAVELL, JOHN H., 1985, *Cognitive Development*, London, Prentice Hall.
- FODOR, JERRY A., 1983, *The modularity of Mind*, Cambridge, Mass., M.I.T.
- FREEDLE, ROY O. (ed.) *Discourse Production and Comprehension*, New Jersey, Ablex.
- GLASSERSFELD, ERIC VON, 1989, "Introducción al Constructivismo Radical", en Watzlawick y otros, *La Realidad inventada*, Barcelona, Gedisa, pp. 20-37.
- GÓMEZ MACKER, LUIS A., 1997, "La dimensión social de la comprensión textual", en Peronard, M. et al. *Comprensión de Textos Escritos: De la Teoría a la Sala de Clases*, Santiago, Andrés Bello, pp. 43- 53.
- GRAESSER, ARTHUR C., SWAMER, SHANE, BAGGETT, WILLIAM B. & SELL, MARIE A., 1996, "New Models of Deep Comprehension", en B. K. Britton & A. C. Graesser (eds.) *Models of Understanding Text*, New Jersey, Lawrence Erlbaum, pp. 1-31.

- GRICE, PAUL H. (1975), "Logic and Conversation", en P. Cole y J. L. Morgan (eds.) *Syntax and Semantics*, vol. III, New York: Academic Press.
- HYMES, DELL (1968) "The ethnography of speaking", en J.A.Fishman (ed.), *Readings in the Sociology of Language*, The Hague: Mouton, pp. 99-138
- HYMES, DELL (1971), "Competence and Performance in Linguistic Theory", en R. Huxley y E. Ingram (eds.) *Language Acquisition: Models and Methods*, London: Academic Press, pp. 3-28.
- JAKOBSON, ROMAN (1960) "Linguistics and poetics", en T.A.Sebeok (ed.) *Style in Language*, Cambridge, Mass.: M.I.T. Press.
- JOHNSON-LAIRD, PHILIP (1993) *The Computer and the Mind*, London: Fontana Press.
- KATZ, JERROLD (1966) *Philosophy of Language*, New York: Harper & Row.
- LENNEBERG, ERIC & LENNEBERG ELIZABETH (eds.) (1975) *Foundations of Language Development*, Vol. I, London: Academic Press.
- MATURANA, HUMBERTO (1978), "Biology of Language: The Epistemology of Reality", en G. Miller y E. Lenneberg, *Psychology and Biology of Language and Thought*, New York, Academic Press, pp. 27-63.
- MATURANA, HUMBERTO Y VARELA, FRANCISCO (1984), *El Árbol del Conocimiento*, Santiago, Editorial Universitaria.
- MORRIS, CHARLES (1962), *Signos, Lenguaje y Conducta*, Buenos Aires: Losada.
- OCHS, ELINOR Y SCHIEFFELIN, BAMBI (1979), *Developmental Pragmatics*. New York, Academic Press.
- OSGOOD, CHARLES E. & SEBEOK, THOMAS A. (1965), *Psycholinguistics*, Indiana: Indiana U. Press. Edición española junto a un artículo de Diebold (1974) Barcelona, Planeta.
- PARIS, SCOTT G., LIPSON, MARJORIE Y. & WIXSON KAREN K. (1994) "Becoming a Strategic Reader", en R.B.Ruddell, M.R.Ruddell & H.Singer (eds.) *Theoretical Models and Processes of Reading*, Newark, I. R. A., pp. 788-810.
- PERONARD, MARIANNE (1978) *Mente, Lenguaje y Cultura*, Santiago, Editorial Universitaria.
- PETERFALVI, JEAN-MICHEL (1976), *Introducción a la Psicolingüística*, Madrid: Alcalá.
- RUDDEL, ROBERT B., MARTHA R. RUDDELL & HARRY SINGER (eds.) (1994), *Theoretical Models and Processes of Reading*, Delaware: I.R.A.
- RAYNER, KEITH & POLLATSEK, ALEXANDER (1989) *The Psychology of Reading*, New Jersey, Prentice Hall.
- SAUSSURE, FERDINAND DE (1980) *Curso de Lingüística General*, Madrid: Akal.
- SEARLE, JOHN (1980), *Actos de Habla*, Madrid: Cátedra.
- SEARLE, JOHN (1997), *La Construcción de la Realidad Social*, Barcelona, Paidós.
- SHEAR, JONATHAN (ed.) (1997), *Explaining Consciousness -The Hard Problem*, Cambridge, Mass.: The M.I.T.Press.
- SKINNER, B. F. (1957) *Verbal Behavior*, New York: Appleton-Century-Crofts.
- SMITH, FRANK (1977) *Understanding Reading. A Psycholinguistic Analysis of Reading and Learning to Read*, New York, Holt, Rinehart & Winston.
- VEGA, MANUEL DE (1982), "La Metáfora del Ordenador: Implicaciones y Límites", en I. Delclaux y J. Seoane (ed.), *Psicología Cognitiva y Procesamiento de la Información*, Madrid: Pirámide.
- WATZLAWICK, PAUL (1981), *¿Es Real de Realidad?*, Barcelona: Herder.
- WHORF, BENJAMIN (1956), "Science and Linguistics", en J. Carrol (ed.) *Language, Thought and Reality*, Cambridge, Mass: The Technology Press & John Wiley & Sons.